

Introducción

Tras padecer las consecuencias de una decisión mal tomada a veces nos preguntamos sobre los motivos que provocaron ese error. Quizá, la causa fuera no haber dedicado suficiente tiempo a la reflexión. En otras ocasiones puede que se debiera a cierto atolondramiento o por la mala influencia de alguien sobre nuestro estado de ánimo. En multitud de situaciones es posible que la inteligencia no estuviera lo suficiente preparada para reflexionar sobre un tema o lo hiciera defectuosamente. Carecíamos entonces de lo que el pensador y santo inglés John Henry Newman (1801-1890) denomina *imperial intellect*. Es decir, una forma eficaz y profunda de abordar la realidad, que proceda con orden, precisión, sutileza, capacidad de relacionar diversos temas entre sí y llegar a conclusiones óptimas que hagan más fácil la vida o bien nos sirva para ayudar a los demás. El adquirir y formar esa capacidad sería la principal meta de la formación universitaria para este intelectual inglés del siglo XIX.

Newman pensaba que la mente está hecha para la verdad, para alcanzar la seguridad clara y sosegada que esta proporciona. La persona necesita convicciones estables acerca de lo que le rodea, seguridades sobre las que asentarse para construir su felicidad. Tal

es la idea central de la filosofía sobre la mente y el personalismo académico de este santo inglés, que fue vertiendo directamente en unos pocos libros y en otros escritos, en infinidad de sermones, cartas y notas con los que conformó su ingente y maravillosa producción intelectual. Y todo esto lo hará traspasado de su experiencia universitaria que, junto a la religiosa, serán las vocaciones que alumbraron el rumbo de su vida (Ker, 2011a). Primero como estudiante, luego como tutor y profesor en Oxford, después como vicario universitario y predicador en la famosa iglesia de Saint Mary The Virgin, en esa legendaria ciudad a orillas del Támesis. Por último, como fundador y primer rector de la Universidad Católica de Irlanda.

Nuestra sociedad está repleta de información inútil que convive con otra de gran valor para la vida. Con solo apretar un pulgar sobre una pequeña pantalla encontramos lo que buscamos, aunque también la frivolidad aparece y nos satura en décimas de segundos. Imágenes de todo tipo, datos sin valor, ideas simples, reflexiones huecas que aportan poco para nuestra felicidad y nos distraen de realidades mucho más verdaderas, buenas y bellas para las que está hecha nuestra intimidad personal y ha sido creada nuestra mente, como de manera muy profunda explicará Newman. También en nuestros días se echa de menos una educación universitaria plasmada en la práctica en un sistema educativo, que consiga ciudadanos pensantes, críticos, incisivos. Personas formadas e integradas en la vida del siglo XXI que no vivan como *outsiders* o *frikies*. Bichos raros, diríamos en castellano, perdidos o extraños en una sociedad que les supera y desprecia y estos a ella.

En este libro se explica cómo, siguiendo los razonamientos del pensador británico, se puede lograr que las universidades sean espacios donde no solo se estudia una carrera y se consigue un título que quizás abra la puerta de la empleabilidad, sino donde la persona se forma a conciencia para vivir una vida en plenitud. También

para servir así a toda la sociedad actuando como referente de estabilidad ética y social (Campbell, 2014). Se trata de formar universitarios que, con independencia de sus carreras, tengan una mente abierta y flexible y sean por tanto capaces de adentrarse con todo rigor en los temas de estudio como en los asuntos más sencillos de sus vidas cotidianas. Una persona así formada será lo que Taleb califica como alguien *antifrágil* (2013). Un ciudadano que, ni siquiera en el momento de crisis mundial como el que nos hallamos, le tiene miedo a la incertidumbre de la vida y a lo que el destino le pueda deparar. Tampoco a la reflexión ni a la búsqueda de la verdad ahí donde se encuentre. Para el pensador inglés tal persona estaría iluminada por la claridad de su conciencia, y «la obediencia a nuestra conciencia en todas las cosas, pequeñas y grandes es el camino de conocer la Verdad» (Newman, 1834, p. 227).

Así lo muestra la vida de san John Henry Newman quien siempre, hasta el final de sus días, se adentró como valiente polemista en alguno de los temas más determinantes para la vida social y religiosa de la Inglaterra victoriana y de la Iglesia católica de su tiempo. A pesar de la característica timidez de su personalidad, gozó de un enorme prestigio y liderazgo en el mundo anglosajón (Morales, 1990), manteniendo amistad y ascendencia sobre clérigos, nobles y políticos, como la que fraguó con el primer ministro Gladstone. Fue admirado y amado por anglicanos y católicos, aunque también despreciado por ambos. Es notable el protagonismo que alcanzó en esa rígida sociedad de la reina Victoria donde se convirtió en uno de los ensayistas más brillantes que han existido en lengua inglesa, influyendo en escritores de la talla de Oscar Wilde, Thackeray, Doyle o Joyce. Será este último quien en su libro *A Portrait of the Artist as a Young Man* ponga en boca de su *alter ego* Stephen Dedalus la afirmación de la grandeza de Newman (Tierney, 2016). El valiente testimonio de su vida marcó a algunos de los escritores ingleses cristianos más importantes del

siglo xx, como Chesterton, Tolkien o Lewis, quienes lo mencionan en diferentes momentos con agradecimiento por la trascendencia que tuvo en sus vidas y en sus obras. No obstante, por diferentes motivos, en el mundo hispano, fuera de la teología católica, la obra de Newman es todavía poco conocida entre académicos y el gran público. Aunque se han traducido algunos de sus grandes escritos, todavía queda un largo camino por recorrer en este sentido.

El exceso de especialización educativa es contrario al planteamiento de Newman (Carr, 2009). En la medida en la que la especialidad sucede desde el principio de los estudios, la mente se estrecha más y más sometiéndose a unos cuantos referentes técnicos, perdiendo de vista la plenitud de la realidad y de la ciencia estudiada. Por eso, como se explicará en este ensayo, uno de los objetivos de la educación liberal de Newman consiste en formar la inteligencia humana en una sensibilidad y gran apertura que le otorgue distancia y señorío intelectual y afectivo para no amarrarse a ideas preconcebidas ni prejuicios, ya que «el poder perceptivo que procede del conocimiento liberal, libera a la mente de tediosos y abstractos sistemas y otorga la capacidad para responder con la originalidad correspondientemente a realidades también originales» (Varguish, 1970, p. 147). Newman se rebelaría hoy contra la actual estrechez particularista en la vida académica, aunque al mismo tiempo también lo haría contra la generalización superficial (McIntyre, 2009).

Por otra parte, la filosofía y la vida de Newman ensalzan la fuerza y la grandeza del *logos*, la palabra como principio educativo. Siendo el instrumento más poderoso que existe en la formación de la persona, este «significa tanto la razón como la palabra, sin poder diferenciar cuál de ambos sentidos es el más propio» (Newman, 1907b, p. 277). Es decir, se trata de reconocer la contundencia de la palabra viva, «por encima del papel muerto» (1909, p. 225). La trascendencia de la palabra como expresión de la verdad y su poder

transformador en la intimidad personal, también si nos encontramos en una sociedad repleta de bulos y *fake news*.

De tal suerte que para Newman la apertura de la mente en los universitarios no equivale a hacer de ellos pensadores relativistas. La libertad de opinión no basta para entender la realidad. De ahí la relevancia que concede, desde una visión teológica y frente al liberalismo religioso de su tiempo, a los dogmas de la fe católica, que entiende como las anclas donde descansa la fe cristiana. Newman advierte que el indiferentismo espiritual, que tiene hoy como fruto al relativismo filosófico, ataca los fundamentos de una verdadera expansión de las propias energías humanas.

El pensador ve en la universidad un lugar privilegiado de transición entre la juventud y la vida adulta. Los alumnos no podrán ser ya tratados como en el colegio, como a veces pasa hoy en algunas instituciones que quieren ser llamadas «universidades» y que, por su espíritu y formas, tendrían más bien que clasificarse como colegios para mayores de edad. Además, para Newman, en las aulas el universitario no ha de ser nunca forzado a asumir los conceptos mediante argumentos de autoridad, sino ser orientado a formarse por la reflexión persuasiva y la amable adhesión personal hacia sus docentes. Todo ello le llevará, en su paso por la academia, a ir lenta y positivamente introduciéndose en un mundo de madurez, en donde la libertad de espíritu se entrefiera con la responsabilidad personal, «ya que no hay nada más peligroso para el alma que una transición brusca de la restricción a la libertad» (Newman, 1986, p. 36).

Autores como Wesseling (2013) han llevado las ideas de la educación liberal de Newman al contexto actual de crisis en que se encuentran las universidades europeas, especialmente desde la puesta en funcionamiento del Plan Bolonia en 2010, por la política de preparar a los estudiantes para que se inserten en el llamado *labour market*. El objetivo final de que el estudiante acuda a las

clases sería que al finalizar sus estudios sea capaz de tener algunas supuestas competencias laborales (Rumayor, 2017) que le faciliten encontrar un empleo, importando poco o nada si ha experimentado un crecimiento como persona.

Newman ofrece una respuesta interesante al respecto del valor que tienen la formación de las humanidades y la teología para el logro de una formación amplia y profunda que ensanche la perspectiva vital del alumno. Esas disciplinas no excluyen el desarrollo de las capacidades técnicas y a la larga sirven, aunque de forma indirecta, para traer a la sociedad prosperidad social y económica. Ambas áreas, la técnica y la humanística, facilitan una mejor comprensión de las problemáticas de fondo que rodean a la realidad social. También son de gran valor en el desarrollo del propio trabajo, ya que introducen sentido y trascendencia en la vida del individuo y las conexiones personales más profundas, relevantes y originales a las que un ser humano puede llegar (Rumayor, 2019).

La universidad orientada a la producción de mano de obra alimenta lo que la pedagogía crítica ha denominado *cultura empresarial*, que está destinada al «surgimiento de trabajadores dóciles, consumidores apolíticos y ciudadanos pasivos» (Giroux, 2001, p. 47). Un modelo académico carente de entusiasmo contemplativo por el estudio y el aprendizaje. Su única finalidad parece dirigir al alumnado a la obtención de un título que, dicho sea de paso, sirve para muy poco, como se está viendo con la necesidad que sienten los profesionales de volver a las aulas para seguir con los estudios de máster.

Promueve Newman en la educación, como ya se hacía en la antigua Grecia, la necesidad de saber no de forma útil sino por el propio gusto de aprender. Tal necesidad está inscrita en el corazón de todo hombre. Difunde junto a eso la promoción del deseo de enseñar, propio de los que tienen la vocación de hacerlo como tienen que ser los auténticos profesores universitarios. Tal fue en

el principio la energía que creó y empujó las universidades: «Ni el mecenazgo de los ricos ni la obtención de riqueza, sino la reputación que da el talento y el deseo de conocer» (Newman, 1909, p. 56). Por eso, la comunidad universitaria que nos presenta este intelectual anglosajón es un sistema dinámico, en donde el reto no solo estaría en instruir sino en formar y conseguir que realmente se aprenda (Lorda, 2014, p. 216).

Siguiendo a Newman, cuando la universidad no ofrece una formación que vaya más allá de lo práctico corre el riesgo de atrofiar a sus miembros en sus relaciones sociales. Por eso, nadie debe extrañarse al ver cómo a veces el ciudadano egresado de nuestras universidades occidentales es poco generoso con los demás, poco participativo en la construcción del bien común, ya que la formación que ha recibido es solo pragmática y está orientada a que encuentre un trabajo, y, si puede, se haga rico en pocos años. Alguien así está dañado para desarrollar virtudes sociales, fruto de un crecimiento personal, que tendrán siempre un trasfondo de dependencia social y que se dirigen a coordinar las exigencias del bien propio con el bien de las demás personas de la sociedad (McIntyre, 2002)

Ya desde tiempos de Newman el modelo de universidad occidental se encontraba amenazado y hoy lo está mucho más. La libertad de cátedra y los estudios universitarios, tal y como se plantean, ocasionan múltiples restricciones intelectuales y creativas en los profesores (Blanco González, 2009). Algunas de estas se pueden resumir en la politización incuestionable de la universidad pública, la endogamia, la burocratización de los procesos docentes e investigadores que abocan a la constante y obsesiva revisión de producción de méritos. Esto lleva de forma indirecta a muchos docentes a no saber nunca a qué se tienen que dedicar en cada momento del día: completar el currículum, conseguir un certificado, preparar una clase teniendo en cuenta las competencias

expuestas en la guía, o culminar un proceso de acreditación. Si a eso se suman las dificultades normales de la vida personal, los profesores apenas tienen tiempo para pensar, estudiar y preparar sus clases a conciencia. Su desnutrida docencia se limita, en el mejor de los casos, a preparar un buen *Power Point* que incluya anécdotas divertidas. Junto a ellos las investigaciones que desarrollan esos supuestos maestros, aunque recalen en las llamadas revistas de impacto, muchas veces son de enorme pobreza formal y conceptual.

Hay quien no entiende hoy, como pensaba Newman, lo que significa reconocer y hacer partícipe al estudiante del perfeccionamiento del académico en su propia ciencia. La aportación del alumnado en la comunidad académica, en este perverso sistema de malas prácticas, se reduce en muchos casos a rellenar encuestas democráticas de satisfacción sobre los docentes que ha tenido. Allí cuenta lo mismo el voto de los estudiantes más brillantes e interesados en la asignatura que el de los que no han asistido a clase y la materia les resulta indiferente. De tal suerte que la calificación final del profesor suele estar sesgada por su popularidad frente al grupo (Reyero, 2014, p. 132). Por encima de cualquier otra cosa, puntúa la simpatía que el maestro ha despertado entre los chicos. Este modelo de evaluación de la calidad de la docencia se asemeja al de un hospital en el que los pacientes pudieran votar para valorar la importancia científica de sus propios tratamientos médicos, evaluando con una encuesta, por ejemplo, si durante el proceso de su curación, iniciado o todavía inconcluso, las acciones llevadas a cabo por los profesionales y los medicamentos son eficaces a cada paso. Frente a esto, al igual que ocurre con la medicina, con la formación universitaria de una persona, los resultados muchas veces tardan tiempo en verse y no tienen siempre por qué ser reconocidos con toda claridad por los sometidos a ellos.

Para Newman la universidad es una comunidad humana en sentido pleno. No solo debido a que las personas estamos en con-

tinuo aprendizaje, sino porque necesitamos a los demás para que nos ayuden a crecer en virtudes, a desarrollar nuestra capacidad de conocer y amar. Sin embargo, hoy la falta de visión comunitaria en muchas instituciones lleva a que los docentes no solo no estén dispuestos a compartir sus trabajos e investigaciones, afectando así al desarrollo de la interdisciplinariedad y al crecimiento de las ciencias, sino que tampoco quieren establecer lazos de amistad entre ellos ni con sus alumnos. Algunos aparecen en la universidad, dan su clase y se encierran a producir méritos para acreditarse. Frente a esto, los escritos y la vida de Newman nos recuerdan que el desarrollo de la racionalidad humana, en este caso de la vida intelectual en la universidad, no puede ir al margen del crecimiento de la amistad, de la dignidad personal de los que participan de ella en una determinada comunidad. Su idea filosófica sobre las tutorías académicas, que él comenzó en Oxford, da cuenta de esta inquietud.

Es muy bueno, como se trata de hacer en algunas universidades hoy en día con el llamado «aprendizaje servicio», que los universitarios se impliquen con las comunidades, especialmente con las más desfavorecidas y trabajen con los colectivos con mayores dificultades sociales. No obstante, hay que tener cuidado en no convertir con buena intención a la universidad en una ONG asistencial más entre las ya existentes. Esto supondría destruir lenta y sutilmente la vida académica, cuyo principal fin y mayor aportación al bien común, como resaltaba el pensador británico, es la excelencia intelectual de los que en ella participan. Por eso, en el pensamiento académico de Newman lo que mejor puede ofrecer un universitario a la sociedad, aquello que más perdura en el tiempo y trasciende la propia vida y la de otros, no es un programa de intervención en una comunidad concreta durante el transcurso de sus estudios, sino una formación intelectual y humana muy sóli-

da, difícil de obtener en otro lugar que no sea la universidad, que aportará valor a la sociedad en todo su conjunto.

De lo dicho se desprende que para Newman la primera tarea de un universitario, aunque no sea la única, es el estudio intenso de un conjunto de ciencias, las conversaciones y polémicas intelectuales con sus profesores y compañeros, y la lectura reposada de muchos libros para alcanzar una enorme expansión de la mente haciendo así crecer las facultades intelectuales al máximo de sus posibilidades. Un intelecto educado en tal modo, cuando además se ha formado moralmente y ha alcanzado un carácter equilibrado—como también quería Newman para los estudiantes de Oxford—tiene un impacto en la vida de la sociedad mayor que cualquier acción física que pueda hacer en beneficio de los otros. Así, la persona estará contribuyendo activa y de modo constante a la transformación del bien común en todo su conjunto, como un sistema en el que todo tendrá que ver con la búsqueda del bien, la verdad y la belleza. Por eso «la actitud crítica y la afirmación pública» son elementos fundamentales del *ethos* newmaniano (Cuartas, 2001, p. 69).

En esta época en la que nos encontramos, más con el impacto y el distanciamiento social impuesto por el covid-19, es difícil crear un entorno natural y humano como aquel que vivió este teólogo en Oxford y que también anhelaba para la incipiente Universidad Católica de Irlanda de la que fue rector algunos años. Los académicos del Movimiento de Oxford, amigos de Newman, fueron grandes intelectuales que, entre otras muchas cosas, contribuyeron con sus bienes al proyecto social que desarrolló en la pequeña aldea de Littlemore. Algunos de sus nombres se hallan allí grabados como muestra de agradecimiento en una placa encargada por él, en la iglesia anglicana de este pequeño pueblo cercano a Oxford, que Newman atendía como pastor. Esa comunidad/hermandad de pensamiento fue también para Newman una auténtica familia

intelectual con la que pudo ir creando una «escuela de aprendizaje de lo universal» (Newman, 1909, p. 6). Participaron más tarde algunos de ellos de una suerte de hogar en Littlemore en el que predominaba el mutuo respeto y el reconocimiento afectivo entre individuos, la oración y el estudio intenso.

Probablemente hoy sea poco factible, aunque no deje de ser muy motivador, soñar en esta imagen idílica de universidad que Newman nos dibuja en su libro *The Rise and Progress of Universities*. Allí se describe con elegancia el espacio físico, psíquico y social en el que se debería construir una verdadera universidad. Los universitarios del siglo XXI podrían alcanzar algo del *otium cum dignitate* que defiende en esa obra citada, importante para desarrollar la vida universitaria, donde la mentalidad académica se mezcla con la serenidad de la campiña inglesa y con las buenas formas y profunda educación del carácter del *gentleman*, todo un modelo para los hombres y mujeres que acuden hoy a nuestras instituciones.

Puede que hoy todo tenga que adaptarse y ser visto bajo otra óptica y distintas circunstancias a las que vivió Newman. Aunque algo de esto sí se pueda conseguir fijándonos en sus ideas e inspirándonos en su vida. Bastaría con considerar aspectos que cualquier universitario puede mejorar, como leer mucho, organizar mejor el acceso a las redes sociales, calibrar más los propios hábitos de estudio, de reflexión y descanso. Junto a ello sería necesario promover conversaciones y tertulias sobre temas de actualidad y de calado intelectual, evitar la dispersión y las pérdidas de tiempo en tareas vacías o charlas frívolas, mejorar en la atención a los estudiantes y dedicar tiempo abundante, no solo de calidad, a la vida familiar y a los amigos. Habría también que buscar momentos para el desarrollo espiritual o religioso, organizar el ejercicio físico y el tiempo de la sana diversión y limitar las actividades inútiles o las que no estén dirigidas al sustento de la vida material. Sin duda

todo esto requiere un gran orden y disciplina personal, como la que alcanzó en su vida el propio santo inglés.

Hoy todavía no sabemos, y está por demostrarse, si con el predominio de este «espacio virtual», propio de las universidades a distancia que muchos universitarios de todo el mundo hemos tenido que aprender a usar a toda prisa durante el confinamiento en la primavera de 2020, se alcance similar eficiencia formativa que en las universidades tradicionales. Lo que sí parece claro es que es importante que exista un lugar agradable, limpio y ordenado, al que los profesores y estudiantes puedan acceder con comodidad. Esto es necesario para crear ese «espíritu residencial» que propugnaba Newman, tan relevante para la formación de universitarios (Horton, 2012). Un lugar sucio, que huele mal, con las paredes llenas de grafiti, se presta muy poco para un intercambio amable de ideas. Más bien invita a que la mayoría desee abandonar el recinto cuanto antes.

Para crear el ambiente intelectual del que habla Newman no es esencial la existencia de grandes instalaciones. Aunque nunca vienen mal y contribuyen a la creación de una comunidad académica lugares como cafeterías, gimnasios o auditorios. Tal vez, ni siquiera hoy, debido al avance de la informatización de libros y documentos, se necesita una gran biblioteca física para conseguir que la gente lea o para prolongar las conversaciones en las aulas gracias al uso de la tecnología. Todo ello es compatible con la creación de una verdadera universidad siempre y cuando se tengan en cuenta las cosas más importantes de las que Newman hablaba y vivía, algunas de las cuales serán contadas en este libro. Se puede afirmar, siguiendo su pensamiento, que nuestras universidades no están en crisis por obsoletas o que su tiempo haya pasado. Como ya decía Ortega y Gasset en 1930 en su obra *Misión de la universidad*, el asunto quizá resida en una profunda reforma de la inteligencia (2007, p. 184).

Algunos profesores universitarios observan hoy su trabajo como una carga o como una carrera sin fin para subir en escalafón y sueldo. Otros se plantean la investigación o las clases como una exposición cíclica y aburrida de una ciencia. Hoy no son tantos, como ocurría con Newman, los que sienten que tienen una vocación que les hace vibrar y ven la universidad como un lugar de desarrollo de las ciencias que estudian y un espacio para la formación de personas. Hay que tener esperanza, ya que todavía existen los que se sienten parte de una comunidad en la búsqueda de la verdad y la excelencia de la mente. Estos profesionales son los enamorados de su ciencia y que por ello tratan de enamorar a sus alumnos cuando enseñan. Se sienten, a veces incluso sin haberlo pensado mucho, artesanos del saber (Esteban Bara, 2019). Este libro sobre la formación en la universidad de hoy, inspirado en las ideas de Newman, está dirigido a ellos. Aquí se tratarán de explicar y aplicar con rigor, aunque con flexibilidad interpretativa, a nuestra realidad académica, algunas de las grandes ideas de este santo e intelectual londinense, con vistas a que el espíritu universitario se consolide y siga floreciendo a las puertas de la tercera década del siglo XXI.